

Callejón del Gato Ángeles, Caronte y el Mictlán

José Ramón Enríquez

Veo nuevamente a cuatro personajes en una misma barca, que bogan con angustia por uno de los cuatro ríos que conducen al Hades. El Estigia, seguramente, que es el río del odio; no el Leteo que es del olvido y olvidar no es posible. Uno de los personajes es Caronte, el barquero que a todos conduce. Otro es quien va rumbo al Hades, nuestro general Felipe Ángeles. Otro es una sombra, un fantasma, un espíritu capaz de hacerse carne, don Francisco I. Madero, que recorre constantemente nuestra historia y, ahora, va con Ángeles. Y el cuarto personaje es en el que Madero sabe hacerse carne, el propio autor, Ignacio Solares, que 25 años después de su primera edición, reedita una novela que es la crónica de un viaje hacia la muerte: *La noche de Ángeles*. La reedita porque nunca ha podido enterrar para siempre ni a aquellos muertos, ni a aquel barquero, ni a los vivos que permanecemos aquí para leerla.

En el otro margen de un río que desconozco estoy yo, un simple lector, agazapado en un Callejón del Gato que ocupo sin derecho. Me aprovecho de que Valle-Inclán evita siquiera respirar para no llamar la atención de Ángeles, pues su amistad con Obregón le aconseja el silencio. Aquí, desde esta orilla, siento más miedo al previo deterioro que a cruzar de una vez hacia adelante.

Brillan cuatro figuras mientras viajan gracias a la luz que despide el barquero Caronte, cuyo nombre significa “brillo intenso”. Ilumina lo que, sin él, sería sombra de muerte. Pero el Hades al que transporta a su viajero este Caronte no tiene los equilibrios homéricos (ni platónicos, ni aristotélicos) del griego antiguo. Tiene algo, eso sí, de los retruécanos cristianos concebidos por la imaginación dantesca, Hades



Felipe Ángeles

renacentista, pero se alcanzan ya a escuchar el tunkul, la chirimía, y ya huele a copal y a carne chamuscada. El Hades está mucho más cercano al Mictlán y el río surcado es la infinita guerra florida transubstanciada en Revolución mexicana. Hace, pues, más de un siglo que este Caronte nos transporta, individual y colectivamente, en la realidad y en las ficciones, hacia una región desconocida pero llena, eso seguro, de huesos, calaveras y de sangre.

Y allá va Felipe Ángeles sin saber bien por qué dejó su exilio y si es la voz de Madero la que escucha. Y allá va Francisco I. Madero repitiendo sus voces al oído de nuestro general Felipe Ángeles. Y va con ellos Ignacio Solares, confundido entre autor y personaje, que hace 25 años publicó *La noche de Ángeles*, pero hace 27 publicó *Madero, el otro*, porque el único presidente sin mancha en nuestra historia decidió poseerlo. Desde entonces, no es un autor más de novelas históricas, es el médium que no acaba de explicarse bien a bien, en *Los mochos*, por qué José de León Toral, vuelto Judith, le disparó a Holofernes mientras sonaba para Obregón *El limoncito*. O por qué Miguel Agustín Pro,

de la Compañía de Jesús, vino a hablar con Plutarco Elías Calles cuando ya era un anciano *El Jefe Máximo* y (al igual que Solares) hablaba con espíritus.

El gran misterio de Felipe Ángeles radica, esta noche, en su regreso. Si había salvado la vida en Palacio Nacional, si Huerta no había sido capaz de matarlo, ¿por qué retorna del exilio para meterse de cabeza al remolino de esta Revolución mexicana que es el río del odio que va a dar al Mictlán? Solares se lo preguntó una y otra vez en la novela y fuera de la novela. Lo ha preguntado tantas veces a Ángeles que necesita reeditar su libro para que nuevos lectores, unidos a los de siempre, se lo preguntemos otra vez. De la misma manera en que Solares va a preguntar a Madero, obsesivamente, ¿por qué se entregó a Victoriano Huerta, si bien sabía que era un ejecutor del can Cerbero? Y, sobre todo, ¿por qué entregó a su propio hermano en sacrificio feroz a Huitzilopochtli? Y, aún más, ¿por qué debemos los mexicanos bogar cíclicamente en la barca no dirigida, pero sí iluminada por Caronte en este río que va al Hades que es el Mictlán?

Parecería que esperásemos el retorno de nuestro general Felipe Ángeles para ofrecerle la silla presidencial, en el corazón de la Gran Plaza, junto al Templo Mayor. Pero él nunca quiso sentarse en esa silla. Como Zapata, la veía con el horror que provoca el asco.

Hace 25 años, Ignacio Solares escribía sobre sí mismo (eso hacen, en realidad, los novelistas) cuando hablaba de Felipe Ángeles: “En ese sueño, que lo es y no lo es, duermevela que difumina la frontera entre vigilia y dormir, se le agolpan nuevas imágenes, acuciantes, impostergables, reveladoras”. **U**